

EL PRINCIPITO

Le Petit Prince

Antoine de Saint-Exupéry, 1943

- El cuento, el aviador y la rosa
- Seis advertencias
- Extractos de la obra

EL CUENTO, EL AVIADOR Y LA ROSA

La primera edición de *El Principito* se publicó en Estados Unidos, en 1943¹. Saint-Exupéry acompañó el texto con ilustraciones propias, cuyos originales regaló a Sylvia Hamilton, una amiga que había conocido en Nueva York. El cuento está inspirado en la figura de Consuelo Suncín, descrita en *El Principito* como una flor frívola y espinosa.

Desde el principio del cuento, Saint-Exupéry se muestra como un ser fácil al desaliento: ya en el primer capítulo explica el abandono de su vocación de dibujante sólo porque su primer dibujo no tuvo el éxito que esperaba. Es posible que su carrera como amante discudiese por cauces parecidos a la de pintor. Lo cierto es que su falta de aptitudes con el pincel derivó en un rencor enfermizo contra las *personas mayores* en general, y las mujeres en particular.

«Viví solo, sin nadie con quien hablar», dice en el segundo capítulo. En esas condiciones, el hombre debió de contraer algunos tics incompatibles con una convivencia plácida. A este respecto es imprescindible leer *Memorias de la rosa*, libro biográfico escrito por Consuelo dos años después de morir Antoine. Vale la pena dedicar unas líneas a esta relación.

En 1930, Antoine conoció a Consuelo Suncín (1901-1979), una joven salvadoreña doblemente viuda. Nada más verla, Antoine, vehemente, arrogante y caprichoso, decidió que se casarían. La boda se celebró el año siguiente, en París. Antoine y Consuelo vivieron juntos hasta la muerte del escritor, en 1944.

Dos años después de enviudar por tercera vez, Consuelo escribió unas páginas llamadas a producir ampollas entre los mitómanos, aunque su intención no fuera más allá del mero desahogo. La prueba es que Consuelo nunca se las enseñó a nadie ni acarició la idea de publicarlas. El relato se llamó *Mémoires de la rose*, y de él se desprende que la voluntad de Consuelo fue violentada por Antoine ya desde el mismo día en que se conocieron. Él la invitó a dar un paseo en avión y, una vez en el aire, la aterrorizó con sus acrobacias hasta conseguir arrancarle un beso y el consentimiento de ser su mujer. Luego, vinieron catorce años de matrimonio en los que Consuelo hubo de soportar las continuas ausencias e infidelidades del aviador y

¹ Saint-Exupéry vivía en una casa de alquiler en Long Island cuando lo escribió.

el tenaz escarnio del círculo de adictos, aduladores y gorriones del escritor, que siempre mostraron su repulsa por “la española”.

Consuelo yace enterrada en París, junto a su segundo marido, Gómez Carrillo. Su mayordomo y jardinero, nombrado por ella heredero universal, entregó a una editorial todos los documentos que ella guardaba, entre ellos las cartas al marido ausente (escritas pero no enviadas) y el manuscrito de *Memorias de la rosa*, que fue publicado el año 2000.

El Principito está narrado por un piloto al que una avería fuerza a aterrizar en pleno desierto africano. Allí es abordado por un «hombrecito extraordinario», un niño vestido con una capa que porta un sable en su mano izquierda. A partir de este encuentro, el relato se plantea como un diálogo entre un adulto y un niño: «Hice notar al principito que los baobabs no son arbustos, sino árboles grandes como iglesias, y observó sabiamente: “Los baobabs, antes de crecer, son pequeños”». Sin embargo, la ausencia de unos límites propiamente definidos entre ambos personajes hace que se perciba como el monólogo de un adulto niñoide: «Las personas mayores aman las cifras. Cuando les habláis de un nuevo amigo, no os interrogan jamás sobre lo esencial. Jamás os dicen: “¿Cómo es el timbre de su voz? ¿Cuáles son los juegos que prefiere? ¿Colecciona mariposas?” En cambio os preguntan: “¿Qué edad tiene? ¿Cuántos hermanos tiene? ¿Cuánto gana su padre?” Si decís a las personas mayores: “He visto una hermosa casa de ladrillos rojos con geranios en las ventanas y palomas en el techo” no acertarán a imaginarse la casa. Es necesario decirles: “He visto una casa de cien mil francos”. Entonces exclaman: “¡Qué hermosa es!” Son así. Y no hay que reprocharles. Los niños deben ser muy indulgentes con las personas mayores. Pero, claro está, nosotros que comprendemos la vida, nos burlamos de los números.»

El principito no tarda en ser presentado como un viajero ingenuo y amante de novedades que recorre «la región de los asteroides por hacer algo e instruirse. El primero estaba habitado por un rey: “¡Ah! ¡He aquí un súbdito!”. Era un monarca absoluto. Pero, como era muy bueno, daba órdenes razonables. El segundo planeta estaba habitado por un vanidoso: “¡Ah! ¡He aquí un admirador!” El planeta siguiente estaba habitado por un bebedor [que bebía para olvidar la vergüenza de beber]. El cuarto planeta era el del hombre de negocios [que posee quinientos millones de estrellas, a las que no saca ningún provecho. El principito no lo entiende]: “Yo, si poseo una flor, puedo cortarla y llevármela, pero tú no puedes cortar las estrellas”. “No, pero puedo depositarlas en el banco”. “Yo poseo una flor que riego todos los días. Es útil para mi flor que yo la posea. Pero tú no eres útil a las estrellas”. El quinto planeta era muy extraño. Apenas había lugar para alojar a un farol y un farolero [agobiado por su fidelidad a la consigna de encender y apagar el farol una vez por minuto.] El principito se dijo a sí mismo: “Puede que este hombre sea absurdo, pero su trabajo tiene sentido. Cuando enciende el farol es como si hiciera nacer una estrella más, o una flor. Es una ocupación muy linda”. Suspiró nostálgico y se dijo: “Este es el único de quien pude haberme hecho amigo”. El sexto planeta estaba habitado por un Anciano que escribía enormes libros» de geografía, pero no sabía si en su planeta había océanos, ríos o montañas porque carecía de exploradores a quienes interrogar. Ante el desánimo del principito, el anciano le aconseja visitar la Tierra, donde podrá encontrar grandes cantidades de «reyes, geógrafos, hombres de negocios, ebrios, vanidosos y alrededor de dos mil millones de personas mayores.»

En la Tierra, el principito conoce a una serpiente, a una flor con tres pétalos, al eco, a muchas rosas y a un zorro, que le habla acerca de la amistad: «Para mí no eres más que un muchachito semejante a cien mil muchachitos. Y no te necesito. Tú tampoco me necesitas. No soy para ti más que un zorro semejante a cien mil zorros. Pero, si me domesticas, tendremos necesidad el uno del otro. Serás para mí único en el mundo. Seré para ti único en el mundo. Para mí el trigo es inútil. Pero tú tienes cabellos color de oro. Cuando me hayas domesticado, ¡será maravilloso! El trigo dorado será un recuerdo de ti. Y amaré el ruido del viento en el trigo. Es muy simple: no se ve bien sino con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos. El tiempo que perdiste por tu rosa hace que tu rosa sea tan importante. Eres responsable para siempre de lo que has domesticado. Eres responsable de tu rosa».

En realidad, *El Principito* es el trasunto de un hombre herido por un desengaño amoroso. Los dos únicos personajes femeninos mencionados en el relato son alegóricos y cargan con los papeles más ingratos. La primera es una rosa y su presencia en el planeta del principito lo vuelve tan inhabitable que el niño se ve obligado a emprender su *huida* espacial. Sobre la corrección de este término no hay la menor duda, ya que así es como lo califica el aviador: «Creo que para su *evasión* aprovechó una migración de pájaros silvestres». En cuando a la causa, es el propio niño quien la confiesa a la serpiente (segunda representante del sexo contrario, cuya picadura mata al principito): «Estoy disgustado con una flor». En palabras suyas, la flor-mujer es «coqueta, hermosa, vanidosa, complicada, mentirosa», por lo que «nunca hay que escuchar a las flores. Hay que mirarlas y aspirar su aroma». Tras la aparición de la rosa en su asteroide, «el principito, a pesar de la buena voluntad de su amor, se sentía muy desgraciado: “¡Las flores son tan contradictorias! Pero yo era demasiado joven para saber amarla”».

SEIS ADVERTENCIAS

1ª Advertencia

Más que una fábula, *El Principito* es un berrinche. Es la rabieta misógina y huraña de un hombre que se considera herido por el desamor de una mujer y por la incompreensión del resto de los hombres. Su resentimiento se manifiesta de un modo constante en el uso peyorativo de la expresión *personas mayores*:

Cap. I

- «Mostré mi obra maestra a las *personas mayores*...»
- «Las *personas mayores* me aconsejaron que dejara a un lado los dibujos...»
- «Las *personas mayores* nunca comprenden nada por sí solas...»
- «Las *personas mayores* siempre necesitan explicaciones...»
- «Viví mucho con *personas mayores*...»

Cap. II

- «Las *personas mayores* me desalentaron de mi carrera de pintor...»

Cap. IV

- «Las *personas mayores* aman las cifras...»
- «Las *personas mayores* son así...»
- «Es por las *personas mayores*...»
- «Si decís a las *personas mayores*...»
- «Los niños deben ser muy indulgentes con las *personas mayores*...»

Cap. VII

- «¡Hablas como las *personas mayores*!»

Cap. X

- «Las *personas mayores* son bien extrañas...»

Cap. XI

- «Las *personas mayores* son decididamente muy extrañas...»

Cap. XII

- «Las *personas mayores* son decididamente muy pero muy extrañas...»

Cap. XIII

- «Las *personas mayores* son enteramente extraordinarias...»
- «Tenía ideas muy diferentes de las ideas de las *personas mayores*...»

Cap. XVI

- «Dos mil millones de *personas mayores*...»

Cap. XVII

- «Las *personas mayores*, sin duda, no os creerán...»

2ª Advertencia

Para difundir sus fobias, el autor, como los ventrílocuos, se sirve de un muñeco. Callado, el muñeco parece un niño en el umbral de la adolescencia, pero, tan pronto abre la boca, desvela su condición de *persona mayor* añiñada. En seguida sospechamos que se trata de un alter ego del autor. Recordemos algunas frases del punto anterior: «Las personas mayores nunca comprenden nada por sí solas... Las personas mayores son bien extrañas... Las personas mayores son así». Unas las ha dicho el principito, otras el aviador. ¿Quién dijo cuál? Imposible decirlo. El pretendido diálogo es, en realidad, un monólogo.

3ª Advertencia

El principito no sólo carece de voz propia: también sus conocimientos se adaptan al interés cambiante del autor. ¿Cómo admitir que desconozca las palabras “admirar”, “geógrafo”, “domesticar” o “rito”, mientras maneja con soltura “disciplina”, “catástrofe” o “baobab”? Sin duda, su ignorancia sobre el significado de las primeras no es más que un ardid del ventrílocuo para exponer sus propias ideas a través del muñeco. Igualmente extraño resulta que el niño reconozca un elefante dentro de una boa o distinga un cordero de un carnero, pero nunca haya visto un zorro o una serpiente.

Inconsistencias así pueden encontrarse a lo largo de todo el relato. En el capítulo XXII, el principito reflexiona: «Sólo los niños saben lo que buscan. Pierden el tiempo por una muñeca de trapo y la muñeca se transforma en algo muy importante, y si se les quita la muñeca, lloran». La generalización es impropia de un niño que no ha conocido a otros niños; el sentimiento, inverosímil en quien jamás ha tenido una muñeca (ni siquiera ha tenido quien se la regale: es único en su especie, carece de progenitores, su génesis es un misterio).

El material narrativo de esta obra es tan pobre que se desconcha a cada párrafo: en el mismo capítulo en que el niño manifiesta su ignorancia respecto al zorro, dice que «no era más que un zorro semejante a cien mil otros». Si es la primera vez que ve un zorro, ¿cómo es que habla como si conociera cien mil? Se podría argumentar que el niño sabe de su existencia a través de las palabras escuchadas a su zorro: «No soy para ti más que un zorro semejante a cien mil zorros». Pero si así fuera, estaría actuando en la misma forma que acaba de reprochar al hombre, cuando al escuchar el eco de su propia voz afirma que «los hombres no tienen imaginación: repiten lo que se les dice».

4ª Advertencia

La conducta social de Saint-Exupéry no fue menos confusa que la literaria: se consideraba pacifista pero era piloto de guerra. Probablemente, también se considerase demócrata, pero expuso sus ideas a través de un personaje monárquico. Lo peor es que, al hacerlo parecer un niño, inculcó sus deficiencias en los niños lectores.

El encuentro del principito con el rey es bastante inquietante. Cuando el monarca se jacta de que hasta las estrellas le obedecen, un poder tal debería horrorizar a cualquier amante de la libertad. Sin embargo, al niño le maravilla y llena de envidia: «¡Si él lo hubiera detentado...!». Saint-Exupéry escribía estas líneas al tiempo que Hitler intentaba hacer realidad unos sueños de poder muy parecidos a los aquí ensalzados. Si el poder absoluto debe repugnar en cualquier época, ¿no era esa, precisamente, una de las menos idóneas para hacer su apología? Aún podemos encontrar otra connotación entre Hitler y el principito en la fascinación por el genocidio. El principito encuentra «magnífico» el manto de armiño con el que el rey cubre todo el planeta, sin que le preocupe cuántos animalitos hubo que matar para hacer un manto así. Seguramente, ni se le ha pasado por la cabeza (los niños no se preocupan por las cifras, dice el autor).

En todo caso, no hay motivos para pensar que Saint-Exupéry sea fascista. Es solo que se asusta de los que piensan. Por eso, su rechazo hacia las personas mayores no alcanza a todas. El principito confiesa que de todos los personajes conocidos el que más le gusta es el farolero, alguien que consume su

vida afanado en algo que no comprende, que no hay que comprender: «La consigna es la consigna.» ¿Otra connotación?

Lo cierto es que en este capítulo no hace falta entrar en profundidades para tropezar con afirmaciones inadmisibles, como cuando el principito dice que el rey «era un monarca *absoluto*, pero *muy bueno*». El antagonismo entre estos términos ya había sido expuesto, siglos antes, por las mentes de los ilustrados, mucho más esclarecidas que la de Saint-Exupéry. El mismo niño desmiente la bondad del monarca al rechazar el cargo que se le ofrece porque eso lo obligaría a firmar condenas de muerte. También reconoce que este rey tan *bueno* «no toleraba la desobediencia». Parece que en el juicio del principito pesa más la estirpe que su condición infantil, porque «¿qué sería de los niños sin la desobediencia?»²

5ª Advertencia

El mensaje de Saint-Exupéry puede llegar a ser muy dañino, porque desconoce el amor. Lo más parecido al amor que ha sentido es la domesticación. Por eso él dice «domesticar» donde otros decimos «amar». En el capítulo VII hay un simulacro de discusión entre el aviador y el principito acerca de las mujeres. No es que discutan dos personas, sino que el ventrílocuo se sirve del muñeco (ya lo dije) para evocarse a sí mismo, años antes, cuando aún defendía la ingenuidad y la debilidad femeninas porque su corazón no había sido endurecido por la «maldad de las flores»³. Más adelante, la misma voz advertirá del peligro femenino: «Las serpientes son malas. Pueden morder por placer».

6ª Advertencia

Todo resentimiento desemboca en el mar de la segregación. El de Saint-Exupéry no escapa a la norma, de ahí su disertación sobre las buenas y las malas hierbas: «Si un baobab no se arranca a tiempo, ya no es posible desembarazarse de él. Invade todo el planeta. Lo perfora con sus raíces. Y si el planeta es demasiado pequeño y si los baobabs son demasiado numerosos, lo hacen estallar. No me gusta mucho adoptar tono de moralista. Pero, por una vez, salgo de mi reserva. Y digo: ¡Niños! ¡Cuidado con los baobabs!». ¡Cuánto odio hay en este anatema! Da igual contra quienes alerte Antoine, contra las personas mayores o contra las mujeres. En cualquier caso, su rencor universal navega en las mismas aguas que las persecuciones de negros, de judíos, de comunistas... *El Principito* fue publicado por primera vez en los Estados Unidos, país que desató poco después una feroz caza de brujas contra la inteligencia⁴. No culparé a Saint-Exupéry de los desmanes de McCarthy, pero no me cuesta verlo del brazo de Disney camino del Tribunal de Actividades Antiamericanas para declarar contra las personas mayores.

² Jean Cocteau.

³ Consuelo Suncín, esposa de Antoine, fue la rosa de *El Principito*. Dos años después de la muerte del aviador, escribió sus *Mémoires de la rose*, donde revela cómo su marido violentó su voluntad ya el primer día en que se conocieron. Luego, durante los catorce años que duró su matrimonio, Consuelo hubo de soportar las continuas ausencias e infidelidades de su marido, además del escarnio del círculo de adictos, aduladores y gorriones del escritor (entre ellos, André Gide, que la detestaba).

⁴ Hay numerosos ejemplos del tipo de emociones que aquellos acontecimientos despertaban en los escritores verdaderamente sensibles. Por citar uno de ellos: Arthur Miller (*El crisol*).

EXTRACTOS DE LA OBRA

«Cuando yo tenía seis años vi una vez una lámina magnífica en un libro sobre el Bosque Virgen que se llamaba *Historias vividas*. Representaba una serpiente boa que se tragaba a una fiera.» La imagen estimuló al niño Antoine a realizar su primer dibujo: una serpiente que se ha comido a un elefante. Pero *las personas mayores* sólo ven el dibujo de un sombrero. «Debí, pues, elegir otro oficio y aprendí a pilotar aviones.»

II. «Viví así, solo, sin nadie con quien hablar verdaderamente, hasta que tuve una *panne* en el desierto del Sáhara, hace seis años (...) La primera noche dormí sobre la arena a mil millas de toda tierra habitada (...) Imaginaos mi sorpresa cuando, al romper el día, me despertó una extraña vocecita.» El hombrecito dueño de la voz pide a Antoine que le dibuje un cordero. En lugar de atender la petición, el aviador dibuja su antigua boa, que por primera vez es interpretada. «¡No! ¡No! No quiero un elefante dentro de una boa. En mi casa todo es pequeño. Dibújame un cordero.» Tras varios intentos rechazados, Antoine pinta una caja, dentro de la cual se supone que está el cordero. Esto satisface al principito.

III. «El principito, que me acosaba a preguntas, nunca parecía oír las mías.»

IV. «Tengo serias razones para creer que el planeta de donde venía el principito es el asteroide B 612. Fue descubierto por un astrónomo turco al que nadie creyó por culpa de su vestido. El astrónomo repitió la demostración con un traje muy elegante, y esta vez todo el mundo compartió su opinión.» «Las personas mayores aman las cifras. Cuando les habláis de un nuevo amigo, no os interrogan jamás sobre lo esencial: “¿Cómo es el timbre de su voz? ¿Cuáles son los juegos que prefiere? ¿Colecciona mariposas?” En cambio, os preguntan: “¿Cuántos hermanos tiene? ¿Cuánto pesa? ¿Cuánto gana su padre?” Sólo entonces creen conocerle.» El autor justifica este relato: «¡Me apena tanto contar estos recuerdos! Hace ya seis años que mi amigo se fue con su cordero. Si intento describirlo aquí es para no olvidarlo.»

V. Disertación del autor segregacionista sobre las buenas y las malas hierbas. «Si un baobab no se arranca a tiempo, ya no es posible desembarazarse de él. Invade todo el planeta. Lo perfora con sus raíces. Y si el planeta es demasiado pequeño y si los baobabs son demasiado numerosos, lo hacen estallar. No me gusta mucho adoptar tono de moralista. Pero, por una vez, salgo de mi reserva. Y digo: ¡Niños! ¡Cuidado con los baobabs!»

VI. El principito propone al aviador ver juntos una puesta de sol: «¿Sabes? Cuando uno está verdaderamente triste son agradables las puestas de sol.»

VII. «El principito jamás renunciaba a una pregunta, una vez que la había formulado.» Al principito le preocupa que el cordero pueda comer flores, hasta las que contienen espinas. «Las espinas, ¿para qué sirven? –Para nada. Son pura maldad de las flores. –¡No te creo! Las flores son débiles. Son ingenuas. Se defienden como pueden.» La indiferencia del aviador ante «la guerra de los corderos y las flores», hace que el principito estalle en sollozos. Antoine reflexiona: «¡Es tan misterioso el país de las lágrimas!»

VIII. En el planeta del principito había surgido, como «una aparición milagrosa», una flor bellísima. «¡Era muy coqueta! Bien pronto lo atormentó con su vanidad un poco sombría.» Ya el primer día, la flor ensaya mentiras e inflige remordimientos al principito. «De este modo, el principito, a pesar de la buena voluntad de su amor, pronto dudó de ella. –No debí haberla escuchado. Nunca hay que escuchar a las flores.» Pero luego, arrepentido, reconoce: «No supe comprender nada entonces. Debí haberla juzgado por sus actos y no por sus palabras. Me perfumaba y me iluminaba. ¡No debí haber huido jamás! ¡Las flores son tan contradictorias! Pero yo era demasiado joven para saber amarla.»

IX. «Creo que, para su evasión, aprovechó una migración de pájaros silvestres.» La flor contesta a su despedida con una frialdad hiriente. «Era una flor tan orgullosa.»

X. El principito inicia su viaje por otros planetas. «El primero estaba habitado por un rey [que] no toleraba la desobediencia. Era un monarca absoluto. Pero, como era muy bueno, daba órdenes razonables.» Decía este rey: «Hay que exigir a cada uno lo que cada uno puede hacer. La autoridad reposa, en primer término, sobre la razón. Tengo derecho de exigir obediencia porque mis órdenes son razonables.»

XI. «El segundo planeta estaba habitado por un vanidoso», que confunde al principito con un admirador. Al principio, el niño encuentra divertido dar palmas para satisfacer al vanidoso, pero «después de cinco minutos se cansó de la monotonía del juego.»

XII. «El planeta siguiente estaba habitado por un bebedor», que bebe para olvidar la vergüenza de beber. «Esta visita sumió al principito en una gran melancolía.»

XIII. «El cuarto planeta era el del hombre de negocios: –No tengo tiempo. Yo soy serio.» El hombre cuenta y recuenta los quinientos millones de estrellas que posee, sin aportarles ninguna utilidad.

XIV. En el quinto planeta sólo hay un farol y un farolero. El principito encuentra su ocupación «verdaderamente útil porque es linda». Como este planeta da una vuelta por minuto, el farolero tiene que encender y apagar el farol sesenta veces a la hora: «¿Por qué? –Es la consigna. –No comprendo. –No hay nada que comprender. La consigna es la consigna.» Al principito «le gustó el farolero que era tan fiel a la consigna: –Es el único que no me parece ridículo. Quizá porque se ocupa de una cosa ajena a sí mismo.»

XV. «El sexto planeta estaba habitado por un Anciano que escribía enormes libros» de geografía. El hombre no sabe si en su planeta existen océanos o montañas o ríos o desiertos porque carece de exploradores. Al describir su planeta, el principito menciona los tres volcanes y la flor. El geógrafo descarta a esta última por efímera. «–¿Qué significa *efímera*? –Que está amenazada por una próxima desaparición.» Estas palabras sumen al principito en la nostalgia. Antes de partir, el niño pide consejo sobre qué planeta visitar. El geógrafo le sugiere la Tierra.

XVI. «El séptimo planeta fue, pues, la Tierra.» Recuento de reyes, geógrafos, hombres de negocios, ebrios... En un ejercicio impropio de quien reconviene a las personas mayores por amar las cifras, el autor constata con orgullo la existencia de

«cuatrocientos sesenta y dos mil quinientos once faroleros». Y en el siguiente capítulo invita a que las personas mayores «adoren las cifras.»

XVII. «Cuando se quiere ser ingenioso ocurre que se miente un poco», dice el aviador. El principito aterriza en el desierto. Su primer encuentro lo tiene con una serpiente, que le pregunta: «¿Qué vienes a hacer aquí? –Estoy disgustado con una flor.» La serpiente, enrollándose al tobillo del niño, le ofrece sus servicios: «A quien toco, lo vuelvo a la tierra de donde salí. Puedo ayudarte si algún día extrañas demasiado tu planeta.»

XVIII. Buscando a los hombres, el principito conoce a una flor.

XIX. Luego, escucha al eco, que identifica con los hombres: «Los hombres no tienen imaginación. Repiten lo que se les dice... En mi casa tenía una flor: era siempre la primera en hablar.»

XX. Encuentra un jardín de rosas y eso le hace desdichado: «Su flor le había contado que era la única de su especie en el universo. –Se sentiría vejada si viera esto; tosería y aparentaría morir para escapar al ridículo. Y yo tendría que aparentar cuidarla, pues, si no, para humillarme, se dejaría verdaderamente morir... Me creía rico con una flor única y no poseo más que una rosa ordinaria.» Y se echó a llorar.

XXI. «Entonces apareció el zorro [y le enseñó el significado de domesticar] – Significa “crear lazos”. Para mí no eres todavía más que un muchachito semejante a cien mil muchachitos. Y no te necesito. Y tú tampoco me necesitas. No soy para ti más que un zorro semejante a cien mil zorros. Pero, si me domesticas, tendremos necesidad el uno del otro. Serás para mí único en el mundo. Seré para ti único en el mundo... –Empiezo a comprender. Hay una flor... Creo que me ha domesticado. –Es posible (...) Mi vida es monótona. Todas las gallinas se parecen y todos los hombres se parecen. Me aburro, pues. Pero si me domesticas, mi vida se llenará de sol. Conoceré un ruido de pasos que será diferente de todos los otros. Y, además, ¿ves, allá, los campos de trigo? Para mí el trigo es inútil. Los campos de trigo no me recuerdan nada. Pero tú tienes cabellos color de oro. Cuando me hayas domesticado, el trigo dorado será un recuerdo de ti. Y amaré el ruido del viento en el trigo... ¡Por favor, domesticame! –No tengo mucho tiempo. Tengo que conocer muchas cosas. –Sólo se conocen las cosas que se domestican.»

El principito accede a domesticar al zorro. Días después, su despedida provoca el dolor del animal, que para justificar sus lágrimas pide al niño que mire nuevamente a las rosas: «Comprenderás que la tuya es única en el mundo.» El principito, en efecto, mira las rosas y les dice: «No sois en absoluto parecidas a mi rosa. Sois como era mi zorro. No era más que un zorro semejante a cien mil otros.» Antes de partir, escucha un secreto del zorro: «No se ve bien sino con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos.»

XXII. El principito se encuentra con un guardaagujas, al que pregunta por qué la gente viaja: «¿No estaban contentos donde estaban? –Nadie está contento donde está.» El principito reflexiona: «Sólo los niños saben lo que buscan. Pierden el tiempo por una muñeca de trapo y la muñeca se transforma en algo muy importante, y si se les quita la muñeca, lloran.»

XXIII. El principito se encuentra con un mercader, que vende píldoras para aplacar la sed, con lo que se ahorran 53 minutos por semana. «Yo, se dijo el principito, si tuviera cincuenta y tres minutos para gastar, caminaría muy lentamente hacia una fuente.»

XXIV. El aviador interrumpe los recuerdos del principito para advertir del peligro que corren por falta de agua. Caminan hasta encontrar un pozo.

XXV. «Y la roldana gimió como gime una vieja veleta cuando el viento ha dormido mucho.» El principito filosofa: «Los hombres cultivan cinco mil rosas en un mismo jardín... Y no encuentran lo que buscan. Y, sin embargo, lo que buscan podría encontrarse en una sola rosa o en un poco de agua... Pero los ojos están ciegos. Es necesario buscar en el corazón.» Luego, recuerda a Antoine que debe dibujarle un bozal para el cordero.

XXVI. El principito habla con la serpiente: «¿Tienes buen veneno? ¿Estás segura de no hacerme sufrir mucho tiempo?» La llegada de Antoine ahuyenta al ofidio, pero ya es tarde: «Hoy vuelvo a mi casa. Esta noche hará un año. Mi estrella se encontrará exactamente sobre el lugar donde caí el año pasado...» El principito se despide de Antoine: «Cuando mires al cielo, como yo reiré en una de las estrellas, será para ti como si rieran todas... Tendrás deseos de reír conmigo. Y abrirás a veces tu ventana, así, por placer. Y tus amigos te creerán loco... Esta noche parecerá que sufro. Parecerá un poco que me muero. No vengas a verlo... Te digo esto también por la serpiente. No debe morderte. Las serpientes son malas. Pueden morder por placer.» El último pensamiento del principito es para su flor. «¡Y es tan débil! ¡Y es tan ingenua!»

XXVII. «Han pasado ya seis años... Los camaradas que me encontraron se alegraron de volver a verme vivo.» «Para ustedes, que quieren al principito, lo mismo que para mí, nada en el universo sigue siendo igual si en alguna parte, no se sabe dónde, un cordero que no conocemos ha comido, sí o no, a una rosa.»

Epílogo. El autor llama la atención sobre su último dibujo: «Mirad atentamente este paisaje a fin de estar seguros de que habréis de reconocerlo, si viajáis un día por África. Y si llegáis a pasar por allí, si un niño llega hacia vosotros (...) ¡Sed amables! No me dejéis tan triste. Escribidme en seguida, decidme que el principito ha vuelto...»